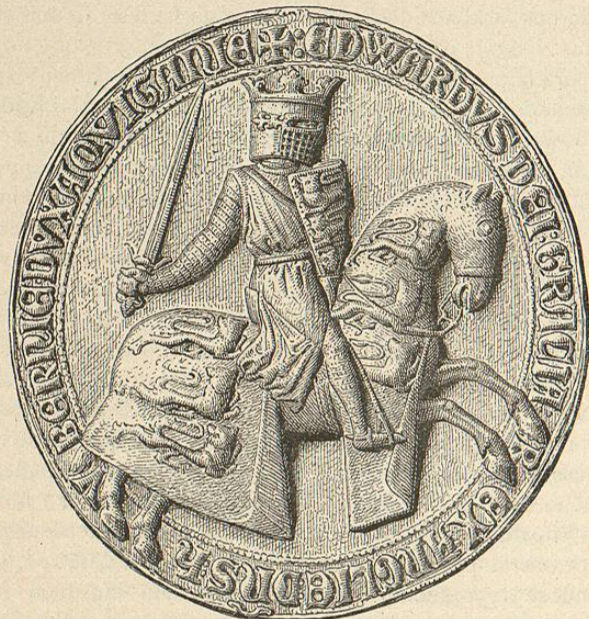


provincia inglesa. Esto no obstante, los escoceses no dieron su causa por perdida, sino que por el contrario la dureza con que se castigó su levantamiento aumentó su indignación y redobló su valor. Muy pronto la agitacion se dejó sentir en los distritos montañoses, no del todo sometidos, encontrando la rebelion en la persona del belicoso Roberto Wallace un caudillo completamente popular que á todos infundia entusiasmo y á cuyo alrededor se agrupó llena de confianza toda la nobleza del país. La victoria por él conseguida en Stirling en Forth (setiembre de 1297) sobre fuerzas superiores inglesas devolvió la independencia á aquellos territorios y entregó á las provincias del Norte de Inglaterra á los horrores de una asoladora invasion escocesa. La situacion del rey Eduardo era tanto mas difícil cuanto que tenia que luchar con dificultades interiores cada vez mas graves, pues la nobleza y el pue-



Sello de Eduardo I de Inglaterra (3/4 de su tamaño original).
Real Archivo secreto del Estado, en Berlin

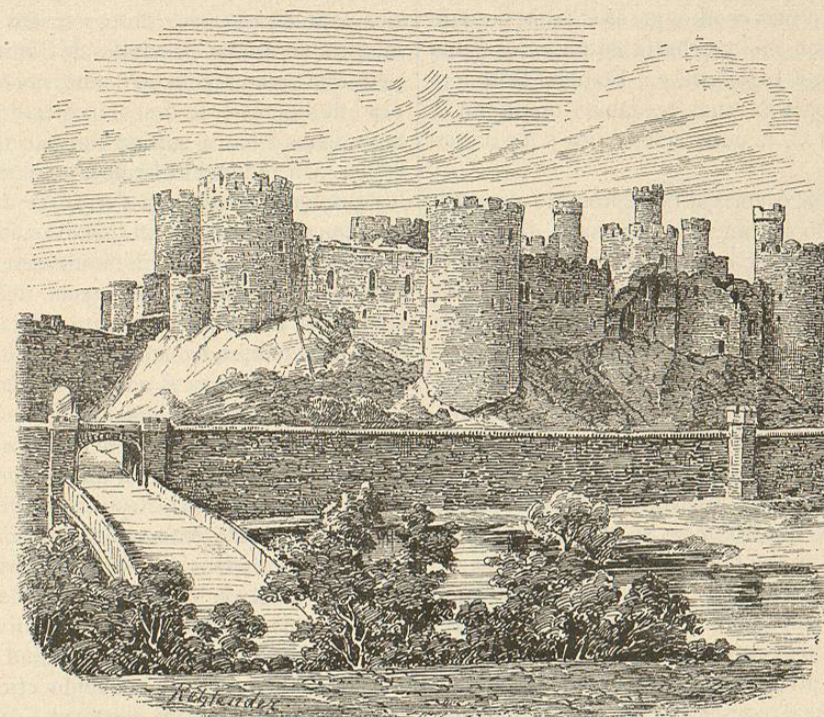
blo estaban cansados de la pesada carga de una doble guerra, de cuyas consecuencias se resentian extraordinariamente el comercio y la industria. Fué, por lo tanto, para él una fortuna que el conflicto que comenzaba á iniciarse entre Felipe el Hermoso y Bonifacio VIII hiciera desear al primero de éstos una tregua con Inglaterra, tregua que permitió á Eduardo dedicar su atencion exclusivamente á Escocia. Para esto tuvo, sin embargo, que arrancar de la nobleza y del clero ingleses los recursos necesarios, que éstos se resistian á facilitar, pues aun cuando la guerra escocesa era eminentemente nacional, la guerra con Francia y los preparativos para un ataque contra Flandes habian causado general descontento. Las disposiciones del rey habian sido resistidas con violencia, y de nuevo formaban al lado de los barones y prelados los representantes de la baja nobleza de los condados y los de las ciudades. Todos se apercebían á defenderse con energía de las extralimitaciones del monarca, cuando la aterradora noticia del desastre de Stirling hizo que las dos partes se reconciliaran y se dispusieran á tomar el desquite. Los representantes del rey, que se encontraba entonces en el continente, se apresuraron á evitar por medio de grandes concesiones un rompimiento, reuniéndose el notable parlamento de Westminster (octubre de 1297), cuyos acuerdos constituyen en cierto modo la conclusion del desenvolvimiento de la Constitucion inglesa, iniciado con la *Magna Charta*. Propia-

mente, no puede decirse que los tales acuerdos nacieran de una hostilidad contra la monarquía como tal ó contra el rey Eduardo I, sino que mas bien se dirigieron contra un error de la política exterior del monarca, cuyas consecuencias amenazaban destruir la paz interior y el equilibrio de los poderes. En efecto, desde un principio Eduardo I habia invitado á asistir al parlamento de prelados y barones á los de legados de los condados y aun de las ciudades, para conseguir que toda la poblacion, aceptando con gozo la guerra contra Gales y contra Escocia, le concediera los recursos necesarios para llevarla á cabo; y así los obtuvo en 1282, 1283, 1290, 1295 y 1296, no en virtud de un precepto constitucional obligatorio, sino por espontánea resolucion de aquel juicioso monarca que pensaba de esta suerte fundar mas seguramente su gobierno sobre una base popular y darle así mayor fortaleza. Involuntariamente, habia proporcionado con esto Eduardo I al conjunto de sus súbditos el órgano que en un caso dado pusiera de manifiesto su disonancia, el cual se manifestó á la sazón tanto mas claramente cuanto que convocó al parlamento no solo para la concesion de contribuciones sino tambien para que expresara su opinion en otras cuestiones importantes del reino, como en otras ocasiones le habia invitado con la intencion, que el éxito habia coronado, de robustecer sus actos con la aprobacion de los representantes del país. Así comenzó el parlamento á tener cierto derecho de fiscalizar la accion del gobierno y de hacer imposible con solo negarle los recursos pedidos que siguiera una política contraria á los deseos de la nacion. El parlamento aprovechó la gran crisis que produjo la derrota causada por los escoceses para reconocer como principio del derecho constitucional inglés una práctica voluntariamente introducida por el rey y para hacer de ella una nueva limitacion de la arbitrariedad del monarca. Este sentido tuvo el acto realizado por aquel parlamento, reunido en octubre de 1297 en Westminster, y apoyado por las armas de los barones, dispuestos á sublevarse. En virtud de aquel acto se añadió á la *Magna Charta* un nuevo artículo en que se disponia que se sometieran á la decision del parlamento no solo los impuestos feudales de antiguo comunes sino tambien toda clase de impuestos y contribuciones, y especialmente los derechos de exportacion. De esta suerte quedaba formalmente reconocido á los Estados reunidos en parlamento el derecho de conceder contribuciones. Eduardo I no tuvo mas remedio que sancionar las convenciones hechas por sus representantes, y así pudo dirigirse poco despues contra los escoceses al frente de un ejército poderoso. Casi en el mismo sitio en que pocos meses antes habia vencido á los ingleses Roberto Wallace, fué éste derrotado completamente por Eduardo, teniendo que huir á Francia, mientras su patria, no del todo sojuzgada aun por Inglaterra, reunia en secreto fuerzas para promover un nuevo levantamiento nacional. Eduardo I de buena gana habria eludido la pesada obligacion que el parlamento reunido en Westminster le habia impuesto con su estatuto, y á este efecto procuró rehuir ó hacer ineficaz con sus reservas la nueva confirmacion solemne de aquel decreto que se solicitaba; pero la actitud amenazadora en que se presentó el parlamento en una reunion celebrada en Lóndres durante la primavera de 1299, le obligó á desistir de su intento y á dar su aprobacion sin reserva alguna de un modo explícito á aquella ley importante.

Así terminó en Inglaterra la era de las luchas constitucionales entre los Estados y la corona: los derechos de una y otros quedaron fijamente determinados y deslindados por una serie de pactos, y de este modo en el momento en que la mision de Inglaterra en el exterior exigia la cohesion de todas las fuerzas nacionales, alcanzóse un grado de unidad

y de actividad y se constituyó un organismo político que, á pesar de su origen y de sus formas feudales, supo allanar todas las diferencias de clases, conceder á todos los miembros de la nacion el derecho de contribuir al bienestar general y crear las condiciones necesarias para una manifestacion de fuerzas que ningun otro país pudo presentar en aquella época de transicion y de agitacion. A esto fué debido el magnífico vuelo de Inglaterra durante la siguiente generacion, que la convirtió en potencia conquistadora y en Estado que servia de norma y de direccion á todo el Occidente de Europa, y le proporcionó una era de florecimiento económico é intelectual. Los grandes triunfos conseguidos por Eduardo I en los últimos años de su gobierno anuncian

los comienzos de este esplendor. Reconciliado Eduardo y en amistad con Francia, casado con la hermana de Felipe el Hermoso, con cuya hija Isabel casó á su hijo, conservó como feudo francés la Gascuña, que durante tantos años habia sido disputada. Los escoceses, á quienes Francia no prestó ya auxilio alguno, sucumbieron en un nuevo ataque y hubieron de rendirse á Inglaterra, mientras el valeroso Roberto Wallace siguió luchando como aventurero en las montañas hasta que preso por traicion en el verano de 1305 fué conducido en triunfo á Inglaterra y allí ejecutado. Pero la tranquilidad en Escocia fué efímera, pues aquel humillado pueblo tuvo muy pronto un nuevo héroe y caudillo en Roberto Brucio de Carrick, cuyo padre habia luchado antes con Juan



Castillo de Conway, en la bahía de Beaumaris, principado de Gales. — Construido en 1284 por Eduardo I

Baliol para conseguir la corona escocesa. En los primeros meses del año 1306 prodújose un nuevo levantamiento general que destruyó rápidamente la dominacion inglesa, siendo coronado Brucio, en el mes de marzo, en Skone, villa donde desde antiguo se coronaban los reyes escoceses. Con redoblada energía voló á Escocia Eduardo y encontró abierto el camino hácia el interior del país, gracias á la victoria conseguida por el conde de Pembroke. Roberto Brucio, arrojando peligros de toda clase y escapando siempre milagrosamente de una muerte que tantas veces se creyó inevitable, salvóse de sus perseguidores ingleses, mientras sus compañeros y partidarios eran víctimas de la terrible cólera del indignado vencedor, que sin compasion alguna castigó al país y al pueblo por haber quebrantado repetidas veces la fe jurada. A pesar de esto, los escoceses se mantuvieron adictos á su heróico rey, á quien rodeaban los atractivos novelescos, y estuvieron siempre dispuestos á renovar, por él dirigidos, la lucha por la independencia. En la primavera del año 1307 reapareció Roberto en el país, reunió á sus partidarios, y protegido por la naturaleza del terreno y por las simpatías de la poblacion comenzó de nuevo la lucha contra los odiados ingleses, no pudiendo esta vez Eduardo I sofocar en su gérmen la rebelion. Durante la nueva campaña que tuvo que emprender contra Escocia, falleció en 7 de julio de 1307, siendo tanto mas llorado por su pueblo cuan-

to que su hijo en nada se le parecia. Eduardo I fué un príncipe inteligente, caballeroso y enérgico, dotado del carácter autocrático de los Plantagenet, pero que habia aprendido en la dura escuela de la experiencia á dominarse á sí mismo; poseía, además, un perfecto conocimiento del derecho del Estado y un sentimiento nacional elevado que le permitió seguir, aun contra sus inclinaciones naturales, el camino de una inteligencia con el espíritu de independencia de su pueblo, y ser, por tanto, el principal fundador del poderío y del florecimiento de su reino.

CAPITULO V

TRANSFORMACIONES SUFRIDAS POR EL IMPERIO ALEMAN
Á FINES DEL SIGLO XIII Y PRINCIPIOS DEL XIV

El trágico fin de la familia de los Staufen, que habia sucumbido víctima primero de la conjuracion de la Iglesia con los príncipes, en Alemania, y luego del odio mortal de los alucinados güelfos y de sus aliados los franceses, en Italia, inició una nueva era, no solo para Alemania y para Italia sino tambien para todo el Occidente. Con sus genuinos representantes habia muerto la idea de un Estado imperial universal y desde entonces la unidad político-religiosa de Occidente fué para los unos un ideal irrealizable y para los otros un peligro que, en caso de reproducirse, era preciso evitar